

Manuel Chontalli

Bamboleo.

*...el movimiento del barco es común
a todas las cosas contenidas en él...*

GALILEO GALILEE

No llegamos aquí por gusto. Pero, sinceramente, tampoco por necesidad. Es una situación que involucra un poco de todo. Lo peculiar fue que en un primer momento no lo noté; siempre sucede cuando visitas un lugar nuevo, no percibes su naturalidad hasta que lo habitas, hasta que lo palpas concienzudamente. Recuerdo, por ejemplo, que mientras limpiaba las paredes, cubiertas de una fina capa de polvo, sentí el lugar de una manera distinta, novedosa. Acicalar desde dentro a la casa, como a una ballena.

Pero el lugar es un lugar inerte, el lugar no tendrá vida hasta que lo dotemos de calor. Es, entonces, la casa número 402 la que debe asimilarnos. Deberá oler a nosotros, deberá acostumbrarse a nuestros pasos, al sonido de mis trastos, a mis molestias nocturnas.

Naturalmente, la casa se resiste a nosotros. Recién sentí que está llena de desniveles. Tomé un nivelador y quise comprobarlo pero la casa es necia y no revela sus extraños relieves tan fácil. Conforme sigo habitando el lugar me doy cuenta de que es como habitar en un barco, la casa se bambolea, va transitando un espacio que no percibo porque yo estoy dentro. Si alguien aventara un objeto hacia arriba dentro de un vehículo que va a alta velocidad

¿caería en el mismo lugar? Las reglas allí dentro se rompen. Aunque no del todo.

Hoy salí a buscar muebles para decorar la casa. En el lugar tenían pequeños modelos de hogares decorados que permiten al visitante imaginarse habitándolos. Sin duda ese día la casa viajaba conmigo, como si quisiera saber cómo la dejaría. Entendí que viajaba conmigo porque en la sección de sillas y sillones percibí el bamboleo. La casa viajaba conmigo. No me hizo saber qué era lo que prefería, cómo quería verse, quizás al final, no le importaba tanto cómo se vería, sino que la habitara aun estando fuera de ella.

Así entendí que excedía sus límites, que la casa era continua. Ahora bien, no estoy contento con ella, no soporto el bamboleo. Siempre quiere estar en movimiento y no me ofrece descanso, nunca se detiene. He notado que se tranquiliza cuando me escucha lavar los trastes, cuando saco la basura, cuando me baño o sirvo la comida. La casa se atempera, necesita que haya flujo dentro de ella. Quiere sentirme transitándola, ocupándola, la casa me quiere ocupado en ella, de ella y por ella. Todo lo que se mueva dentro la calienta y así se recoge, se sobrecoge conmigo, me abraza y disfruta que al menos una vez por semana la acicale como a una bestia.

Sin mí la casa estaría muerta, estoy seguro de eso. La casa de la abuela está acoplada a ella, los ancianos ya no dejan sus casas, no están acostumbrados a estos procesos. Las casas de los ancianos son bestias domadas. La casa es una bestia doméstica.

(Me encanta cerrar la puerta tras de mí y poner el seguro. Volverme inaccesible, bloquear la entrada, permanecer oculto. Siempre es una posibilidad de ocultamiento, de negarnos al afuera, de cerrar las fronteras. Sin embargo, ella queda siempre descubierta hacia afuera y cubre lo de adentro, ella no puede no mostrarse, ella pretende anunciarse como algo que puede resguardarme o resguardar cualquier otra cosa, pretende defenderme, como si eso fuera así, como si en realidad lo lograra.)

¿Desde cuándo nos empezamos a habitar?, pienso ahora. Este lugar viene habitándome desde antes de siquiera haber llegado. Buscar un lugar donde vivir implicaba eso: proyectarnos en un lugar, pensar en uno, no cualquiera. Y, si quisiera pensarlo mejor, la verdad es que no puedo adaptarme tan fácil a cualquier casa. Las casas me reaccionan, me invitan a sentirlas y es así cuando me doy cuenta. Sin embargo, esta casa se resiste a que yo la resista. Le encanta que cierre la puerta como diciendo «de aquí no te vas, aquí tienes que estar». Me provoca miedo que la casa nos quiera comer. Por las noches sus paredes crujen o vibran, no sé qué pasa en realidad. Es muy complicado mantenerla limpia y eso que es un lugar muy chico. Es como si fuera una desconsiderada, estornuda y no usa papel, tose y veo partículas revolotear a contraluz. Aparte de sucia es muy discreta, le gusta dejar polvo y mugre en los lugares donde nadie pueda verlos. No le gusta que la regañemos, que le pidamos ser más pulcra. Ella sólo espera que nos acostumbremos a ella.

Nos habíamos mudado de casa constantemente en aquellos días, antes de llegar a ella. De chico recordaba que mudarnos a otra casa era emocionante. Ahora ya no lo era. Mis padres se habían encargado de hacer del proceso algo novedoso y divertido y me doy cuenta de que no podemos lograrlo nosotros. Siento que ella lo sabe, lo noto. Por eso se comporta así.

Por la noche tuve una sensación de que me escurría por un resquicio entre la cama y la pared. Desperté manoteando y gritando: «¡me voy, me voy!», empapado en sudor. Con eso confirmé que entre la casa y nosotros no había buenos términos. No tardé en comunicarlo, ¿no sienten que la casa se mueve? Si te paras por aquí se siente como si el piso se moviera. Cuando me asomo por la ventana en el piso de arriba siento como si la misma casa se inclinara provocándome vértigo. Nos ha puesto en un estado de peligro o alerta para que dependamos de ella. Es sumamente inteligente, tiene una actitud paternalista.

Esta casa, como todas las anteriores, deben de tener una historia. La casa debe armarse de palabras y así volverse un hogar. Y yo siento que esta casa quiere transformarse en eso. La casa no se asimila como un hogar, no entiende su candor. Por eso la casa es fría, era más fría cuando llegamos. Recuerdo los primeros días cuando el eco era aún perceptible, era una casa sin palabras y por eso sólo podía repetir la misma cavernosa expresión. Pronto la casa empieza a entender más palabras y conceptos, empieza a entender lo que es una planta en la esquina, empieza a conocer el olor de la ropa sucia, empieza a comprender la utilidad de una mesita en un rincón. Yo creo que muchas de

ellas tardan en conformarse y es por eso que las casas adornadas que vemos en revistas y en fotos tienen un carácter artificial, están ensambladas de una historia que no hemos visto o vivido.

No puedo solamente pensar en esta casa. Llevo más conmigo. Esto no puede ser una novedad. Tengo que dejarme comer por ella, tengo que aplacarme a sus deseos. Quiero cruzar la puerta y que la casa no tiemble, quiero entender. Sé que un día no saldré de aquí, no va a querer, no va a estar de acuerdo. Por eso nos vamos a implantar aquí dentro, y no vamos a salir. Nunca lo habíamos pensado así, pero es que las casas tienen un poder de atracción que si te acostumbras demasiado a ellas después no quieres salir. Quizás eso no sea tan malo. Pensamos quedarnos dentro, quietos y, poco a poco, empezar a movernos lentamente con ella. Bambolearnos a su ritmo, una casa es un barco.

Esta obra está bajo una licencia CC

